

Manuel Ponce

Manuel Ponce



Antología poética y algunos textos críticos

Antología poética y algunos textos críticos en su centenario

Selección y nota introductoria:

Selección y nota introductoria:

L. Cervantes-Ortiz

México, 2013

México, 2013

Contenido

Nota introductoria, 5

Breve antología, 7

Manuel Ponce: cien años (1913-2013), *Rafael Calderón*, 17

La condición espiritual y Manuel Ponce, *Javier Sicilia*, 16

Manuel Ponce (1913-1994), *Alfredo García Valdez*, 20

Poesía y revelación, *María Teresa Perdomo*, 21

Centenario de Manuel Ponce, *Gabriel Zaid*, 25

Denuncian olvido hacia poeta michoacano Manuel Ponce, *Ricardo Aguilera*, 30

Manuel Ponce, un poeta católico de vanguardia, *Rafael Calderón*, 32

Manuel Ponce: el misterio risueño, *Armando González Torres*, 37

Cuatro razones para leer hoy a Manuel Ponce, *Armando González Torres*, 40

Poesía y revelación: Ponce y Alday, *Gaspar Aguilera*, 41

Más fe que poesía, *Mijail Lamas*, 45

NOTA INTRODUCTORIA

El 24 de febrero de 2013, en el Palacio de Bellas Artes de la capital mexicana, se rinde homenaje a un sacerdote, Manuel Ponce, mas no por su condición religiosa ni por sus aportaciones en ese terreno, sino por su lugar como uno de los grandes poetas del siglo XX en el país azteca. Participan tres conocedores y divulgadores de su obra: Armando González Torres, María Teresa Perdomo y Javier Sicilia. Nacido apenas un año antes que Octavio Paz, le fue posible remontar la marginalidad con que siempre se ha escrito poesía en los espacios católicos, así como el feroz jacobinismo de la época en que le tocó vivir, y entrar al “canon” de la poesía mexicana. Al igual que su colega y antecedente preclaro Alfredo Román Placencia, el lugar que ocupa no solamente lo han definido las antologías en donde aparece: la calidad de sus versos, el riesgo que corrió para emparejarse con la modernidad y las vanguardias, lo colocan en un sitio definitivo en la lírica hispanoamericana.

Cien años después de su nacimiento la “república de las letras” lo proclama como uno de los mejores exponentes de la llamada “poesía mística”, pero más allá de esas etiquetas que poco dicen, estos poemas siguen esperando la avidez lectora de quienes seguramente encontrarán en ellos cómo satisfacer su sed ante el embrujo de una palabra limpia. La fe con que su autor los escribió no debe ser obstáculo para dejarse poseer por la intensidad lírica con que se dedicó a forjar estos versos y así corresponder a tan firme empeño. Confiamos en hallar terreno fértil y miradas atentas a este discurso literario con tantas resonancias espirituales.

Dejamos constancia en este breve cuaderno que incluye una pequeña antología y algunos textos críticos de la manera en que puede ser leída y aprehendida esta obra poética que merece una mayor divulgación en el ámbito de la lengua castellana.

BREVE ANTOLOGÍA

A JESÚS CRUCIFICADO

Yo te adoro en razón de lo increado,
temo en Ti por el brazo justiciero,
admiro en Ti la omnipotencia; pero
te quiero sólo por crucificado.

No te puedo querer en otro estado,
Ni esperar de otro modo lo que espero;
aunque sé que la infamia del madero
no es otra que la cruz de mi pecado.

Duélenme, sí, tu afrenta y el delito
que yedras enlazadas con tal arte
consuman en tus sienes de proscrito.

Pero yo no me canso de mirarte,
queriendo, si pudiera en lo infinito
crucificarte, sólo por amarte.

De El jardín increíble

AL CRISTO DE MI ESTUDIO

¿Cuándo murió mi corazón inerte,
que no muere de verte ajusticiado,
pendiente del marfil donde, labrado
es una fácil alegría verte?

Rota el ara, la vida se te vierte
por la heráldica brecha del costado,
¡oh cántico de cisne asilenciado
y torre en los suburbios de la muerte!

Yo en flores, Tú en escarcha estás cautivo;
Tú en tinieblas, yo en luces me derramo,
y en tu divisa gozo, sufro y amo.

Por una parte lloro compasivo,
mientras por otra olvido tu reclamo:
y es que de puro simulacro vivo.

PRÓLOGO, A LAS PUERTAS DEL PARAÍSO

—La promesa—

El prólogo de las Vírgenes
se terminó en una noche.

Dios, sin tinta ni papel,
le dió cuerpo cimbreado de voces,
y todos sus caracteres
de fuego tres veces joven
quedaron en la serpiente
y dos malogrados dioses.

Porque podéis, si queréis,
comprender, aguas salobres,
repasad, a los principios,
el cómo, el cuándo y el dónde.

LAS VÍRGENES DEL SUEÑO

Las vírgenes arrastran una sombra,
habitan una sombra. No podrían
arrastrar otra cosa.

Las vírgenes sin esclavinas
llevan contorno de fluidos,
galvanizada sombra.

Pero ya nimbo, sombra misma,
la sombra de su sombra:
cosa limpia.

Aunque ciegos, ¡miradlas!
Todos los ojos tienen telarañas,
pero las adivinan.

LAS VÍRGENES CAÍDAS

A su primer suspiro,
nadie tendió la mano;
sólo el abismo.

Después mil brazos
corrieron al auxilio,
pero ya entonces
ella no quiso.

Corría ya.
Se deslizaba por el ventisco

glaciar abajo,
lanzada,
pero guardando el equilibrio.
Siempre reflujo abajo,
más aprisa, siempre en vuelo, casi en vilo.

Tú acelerabas, vértigo;
acelerabas tú, racha de siglos.
¡Dios mío!
¿Acelerabas
tú mismo?

Quillas contra el viento
sus mellizos,
cabellera de relámpago asido.

¡Miradla!

La miraban. Un sólo guiño
de los oscuros lobos
le despojó el vestido.
Allá quedó,
jirones, el armiño.

Lo demás,
siguió, se fue en un grito.
No el suyo.
Más no digo.

(De *Ciclo de vírgenes*)

EQUILIBRIO

“...en el insomne olivo de Nizán”

I

Este dolor no es mío.
Remotamente, como
crepuscular navío.

Me llega de un oriente
calizo de trasmundos
a la hora presente.

En mi duna se esconde
y en mi dolor se acuna.
Dolor ¿de quién y dónde?

Carga oliente de ruinas
esenciales de musgos
y enmigrantes morfina.

Grano a grano en la boca
destilada laceria
que respiro y sofoca.

Dolor tuyo, no mío,
que no es, sino fue:
hoy errante navío.

II

Brocal, si alguna vez estuvo Él,
gustando a sorbos lentos la quietud,
e izada el asta del silencio, di:

Si de los bordes de tu vaso pétreo,
entonces Él, tal como ahora yo,
desligó sus miradas a tu fondo.

En donde las estrellas fidedignas,
hiriente el frío de la irrealdad,
mienten reos de azules calabozos.

Si desdobló su imagen y se vio,
cielo abajo imprevisto,
aherrojado en tñmidos infiernos.

Y sorprendió sus ojos en el agua,
¡oh contracielos hipostáticos!
y el agua de sus ojos a sus ojos.

En su ser de unidad, descuartizado
y hecha añicos su clara hegemonía
como afinado vaso de cristal.

Y halló su nuevo género de muerte,
asido de tu cruz desde lo alto,
la nueva hiel de su visión amarga.

Si entonces Él, tal como ahora yo.
Si esta muerte que bordo en el vacío,
mientras la flor del agua tensa ríe...
(De *Quadrigenario y segunda pasión*)

LA ANUNCIACIÓN

¿Qué más puro ruiseñor
hace cuerdas de armonía
de la piel de noche fría,
como el ángel del Señor
cuando pronuncia: “María”...?

EL NACIMIENTO DEL SEÑOR

Ángeles en un pesebre,
como estrellas en el mar,
van diciendo este cantar:
"Joya del divino orfebre
perdida en un muladar".

CAMINO DEL CALVARIO

Los mástiles inclinados
en mar de naves y linos,
surcando sus pies marinos;
huellas de sus pies sagrados
¡qué peces de los caminos!

LA RESURRECCIÓN

Vuelva la muerte a su fosa
después que en la sombra inerte,
luchando en lid silenciosa,
rompió capullos de muerte
invencible mariposa.

LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO

Amor, no te conocía,
ni tampoco te creía,
hasta que tu fuego, amén,
me ha consumido recién,
¡y quién sabe todavía!

LA CORONACIÓN DE ESPINAS

Cuando nace una espina
todo lo hiere:
aires, jardines
y sienes.

LA RESURRECCIÓN

Vengan, barcas de oriente,
vengan, niñas auroras,
ven, oh muerte,
vengan a ver la losa.

LA FLAGELACIÓN

No está lejano el día
en que me siembren surcos de claveles.

LA ASCENSIÓN

Mirando desde arriba,
de Pedro no se ve
sino la roca viva.

LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO

Con el vino de amor
todos se hicieron lenguas.

LA CORONACIÓN

Madre mía; también hay en mi frente
una vieja nostalgia de coronas.

QUÉ TALLER...

¡Qué taller
del Pintor
de Belén!

El alma
de los hombres
¡qué mural!

En sus dedos
de luna
¡qué pincel!

Restaurar
el rostro
divinal:

¡Qué labor
del Pintor
de Belén!

OJOS DE CRISTO

Ojos de Cristo hablando con los míos,
de miradas que fluyen como ríos,
para que los remonten mis navíos.

Ojos, en donde sin estudio, leo
lo que mejor conviene a mi deseo:
ojos que ven por mí lo que no veo.

Ojos, que por señales convenidas,
son promesas, halagos, bienvenidas
y escape de mis ansias contenidas.

Ojos inevitables y presentes,
que acuden a divinos expedientes
para que no los juzgue indiferentes.

Ojos que me penetran como espadas
y, si corro por sendas extraviadas,
me mueven una guerra de miradas.

Ojos que si sucumbo en la contienda,
son a mis daños: vino, aceite y venda,
buenos samaritanos de mi senda.

Ojos que, centinelas apostados,
por mi descuido viven con cuidados
y por su compasión, disimulados.

Porque no quiero daros más enojos,
¡romped, ojos de Cristo, mis cerrojos!
pues me lleváis el alma tras los ojos.

¡AY MUERTE MÁS FLORIDA!

1

Nos ha traído una lengua lejana
a este puro silencio de bosque partido,
en el canto de ayer que se delata en nido,
en el silente nido que cantará mañana.

Callamos por la luz que se rebana,
por la hoja que se ha distraído
y cae. Yo estoy herido
de muerte, una muerte venial y liviana.

Cuelga en la luz, cuelga en la rama vencida,
en cuevas perfumadas se despeña,
y en dondequiera pienso y amo, me provoca.

¡Ay, ninfa descarnada! ¡Ay, muerte más florida!
Se prende una rosa, se prende una tarde
pequeña
en el risueño plantel de su boca.

2

Entre dos continentes amarillos
y una marcha de perlas hacia dentro,

asomaba su prístina palabra
como semilla de su limpio mundo.

De sus labios colgaban los jardines,
gozosos de su alegre despedida,
y envueltos en su túnica sonora,
desflecaba los iris de su lengua.

¡Oh muerte, paraíso doloroso,
en tu mercadería de perfumes
anda luzbel de simple mariposa!

Pero en tus sienes, que las horas hacen
urna depositaria de sus mieles,
no tejere ni una sola frase.

3

Después, cuando la sangre se glorié
de haber ensortijado fieramente
millares de kilómetros febriles
en el pequeño huso de la estatua

y, rito silencioso el olvido,
trace por último su atenta firma,
para la identidad de la materia,
botín de pajarillos seculares:

reducirás a polvo el argumento
que tuve para hollar con pies altivos
los dorados insectos de la tierra.

Pero mientras ocurren los narcisos
a cegarme la fuente de los sueños,
tu enigma es floreciente margarita.

Y EN POS DE TI

Inescrutable y puro,
por hallarte de veras,
¡oh Señor! ando en busca
de tus afinidades.

De no verte se sigue,
oh Señor, no buscarte;
me supongo a tu sombra
sin más indagaciones.

Ese valle da paños
verdes que pisan simples

animales, nacidos
en ello. ¿No eras Tú?

Esa voz deslizada
que pregonaba entre orillas
una finalidad
sonriente. ¿No eras Tú?

En los campos. Empero,
en las ciudades, hechas
de puro afán caduco
y llanto. ¿No eras Tú?

Allí donde agoniza
en un vaso funesto
la formalidad última
de la flor. ¿No eras Tú?

Donde apenas se salve
la esencia de tu rostro,
la noción de tu risa
delicada... Te busco.

A UNA BONDAD RELATIVA

Yo bendigo al Señor porque te hizo
aproximadamente dulce y bella:
en cuanto pudo te acercó a la estrella
para que recibieras su bautizo.

Yo bendigo al Señor por el hechizo
que recatadamente se destella
de tu barco mortal, por esa huella
de eternidad sobre tu ser huidizo.

Y lo bendigo con la certidumbre
de que tu gracia es nada más probable,
amenazada de inminente herrumbre.

Y aunque carezca de razón tu hechizo
sólo por un imperativo amable,
yo bendigo al Señor porque te hizo.

LA SIESTA DE LA ROSA

¡Pobre de mí, que sé lo que es la rosa,
éxtasis en los páramos del día:
lo que es la llama, pero llama fría,
lo que más huye cuanto más se acosa!

Siempre que surjan vidas de la fosa

y se repueble la melancolía
de nuevos ángeles de poesía,
la rosa es la culpable, por hermosa.

Todo en la vida es rosa, ser extraño
que no parece que nos hace daño
y toca en lo más hondo de la llaga.

Todo en la vida es rosa, si es dudosa,
hasta la muerte cuando nos amaga:
sólo la rosa no es mentira, es rosa.

ROMANCE A LO DIVINO

Con el libro en la mano
Te amo.

Con las hojas abiertas
Te amo.

Y los ojos cerrados
Te amo.

Con el sol del quinqué
Te amo.

Y el bosque de la radio
Te amo.

Me sabes a pacíficas
tormentas.

A palomas en fórmulas
abstractas.

¡Te amo en superficies
tan hondas!

En láminas tan finas
de sangre.

Amador de oficina,
Te amo.

Marino de agua dulce,
Te amo.

Continental y náufrago
Te amo.

SANTA SIMPLICIDAD

Ese mar del olvido
de quien opinas favorablemente,

esa tela de araña
que viste nuestros más puros deseos,

esa urna flotante
donde nadan tus sueños de colores,

esa indecisa línea
de sangre blanca tras heridas barcas,

este lunes, mañana
y el hecho histórico de aquel suspiro,

lo temporal y eterno
de la simplicidad, aquí lo pongo.

AQUEL BLANDO ZUMBIDO

Oír el fragmentario galanteo
de las aves que habitan la espesura,
sonar el viento en una partitura
que cede blandamente a su deseo.

Plata fugaz y líquido gorjeo
del agua que musita por la hondura
imitaciones de una risa oscura
y de humanada voz en escarceo.

Oír después aquello que persigo,
un oculto sonido más perfecto,
que se produce cuando no hay testigo.

Lo que tienen las voces de indirecto,
una voz que no deja de ir conmigo
cantando entre la causa y el efecto.

LA SOÑADORA DE ÁVILA

Vivo en mi primer morada
de Amadís y de Morgante,
de soñadora y amante
y de estar enamorada.

Os estoy a vuestra espada,
a vuestra voz de diamante;

mas vivo, de tal talante,
sin vos, sin Dios y sin nada.

Por eso, de hoy más, persigo
sobre rocín clavileño
un Dios Andante y amigo.

Y así cumplir el empeño
de tener siempre conmigo
a vos, a Dios y a mi sueño.

EL MAR

Oh mar, a tus orillas me presento,
y participo del común asombro.

La misma novedad que no envejece
haces rodar en tu solemne disco.

Como la mano del Buen Dios, se abaja
tu inmensidad y nuestra piel alisa.

En superficies de violines lloras,
cantas, sin revelarnos el misterio.

De la riqueza inmemorial que ocultas
nos salpican minúsculos fragmentos.

Barriendo resonancias nos arrojas
de tu infinito las basuras blancas.

Tranquilamente por el aire sube
haciendo círculos el pensamiento.

La noche que se yergue a tus espaldas
prende su lámpara de mano, sorda.

A su silencio ilimitado añaden
su mecanografía las estrellas.

(De *El jardín increíble*)

ELEGÍA II

Del polvo de la tierra
los árboles recobran
sus dulces nombres;
y del trillado césped
reverdecen los cantos de las cigarras.

El águila de vidrio
engancha sus caballos

de fuerza;
y en cascadas nos bañan sus añicos.

La primavera es una
insurrección de aromas,
arrancados con gritos a la piedra.

Sólo tú, dios informe,
no mueres ni renaces.
Tuya es la sombra;
los manantiales quietos.

ELEGÍA III

Me buscaba en el sol innumerable,
repartido en abejas y jardines.

Me buscaba en las cimas congeladas
donde aletean las ideas puras.
Me buscaba en las selvas lujuriantes,
abandonadas a su fantasía.

Me buscaba en los áridos esquemas
que se resuelven melodiosamente.

Me buscaba en las místicas ciudades
que fertilizan los sagrados ríos.

Me buscaba en la noche de mil ojos
que nos miran por miles de orificios.

Me buscaba en los límites del tiempo
y en las extremidades del espacio.

Pero me halló colgado en una pica;
ciego, pisando el aire como un héroe.

ELEGÍA XIX

Llegar a ser por fin desnudo esquema,
rito que piensa y fórmula que ama;
una brillante hipótesis de llama
que no se apaga porque no se quema.

Moraleja final y epifonema
a los que se reduzca el vivo drama,
en la sublimación del pentagrama
con variaciones al divino tema.

Y en esta purificación sin tasa,
donde mi pensamiento queda fijo
frente a la solicitud que pasa,

volver cual hijo pródigo y prolijo;
mientras deshecho de dolor se abrasa
mi corazón al pie del crucifijo.

ELEGÍA ÚLTIMA

Todo es igual, remedo de sí mismo,
desasosiego y aflicción de espíritu.

Persecución, proyecto que no acaba
su interminable secreción de seda.

El sol que por momentos nos alumbra
o nos incendia esplendorosamente,
encerrados en círculos de fuego.

La estrella que nos hiende sus agujas
y de su luz y de su cruz más alta
deja caer su inagotable gota.

Los hombres que se apagan y sus nombres
que van sin exhalar ni una queja
a ocupar sus nocturnas hornacinas.

Sino de luz en luz, de sombra en sombra,
ir a la desaparición final.

TEOFANÍA III

Ya rompí las cadenas
de tanta servidumbre;
pero de tan sedosas telarañas,
que a su prisión odiosa
yo le otorgaba nombres lisonjeros.

Ya la voz acallé
que al oído epicúreo
en cestillos de céfiros venía,
de las organilleras avecillas
y de los bosquecillos de baladas.

Porque Tú eres mi páramo,
mi cactus tenebroso
y el viento que me arrasa.

TEOFANÍA VII

Quien escucha tu voz, no escucha nada;
sólo las torrenciales avenidas,
los fragores de selva,
entre revelaciones que anonadan.

Enjambres de silencio
cristalizan en torno su diamante
traspasado de puntos
luminosos y noches de relámpagos.

Aunque nada se mueva,
ni una hoja de árbol;
aunque no turbe nada
la solidez del mundo.

Quien descubre tu luz, no mira nada:
sólo cielos azules, marginales,
recodos apacibles
en los suaves crepúsculos de otoño.

Tus ojos mortecinos que nos miran
tras membranas y espesas cataratas;
y el rayo de la muerte
de tu impasible, tu imposible cara.

TEOFANÍA XIV

(Retiro Espiritual en el Pedregal de San Ángel)

Sufrir, amar, pesar la hora, el día,
en Ti, de Ti, por Ti; sin que rehúya
mi propia soledad, por ser la tuya,
ni tu crucifixión, por ser la mía.

Arder en una sola Eucaristía
que no por consumirse disminuya:
ésta fue mi oración y mi aleluya;
y un silencio interior amanecía.

Yo miraba los negros pedernales
florecer, convertidos en vergeles
por tus manos de céfiros azules.

Y vi salir la luz, como Tú sales
y todo sonreír, como Tú sueles,
esta mañana tierna de pirules.
(De *Elegías y teofanías*)

UN DESTELLO DE ORO DECADENTE,
un rescoldo de lumbre que se apaga,
un resabio de luz de antigua llaga
que sobrepasa un lívido occidente.

Un barrido licor que ahora vaga
ya debelado de su aroma ardiente,
el concepto del rojo más hiriente,
desvanecido ya, yendo a la zaga.

No hay púrpura con ira, que convenza,
rubor que valga pena en las mejillas,
relámpago de incendio por las sienes.

Las manzanas declinan su vergüenza,
las naranjas se ponen amarillas,
palidece la luz. Cuando tú vienes.

(Cuatro canciones olvidadas en la tierra)

MANUEL PONCE: CIENTOS AÑOS (1913-2013)

Rafael Calderón

La Jornada Michoacán, 15 de febrero de 2013

El caso de Ponce —ante todo— es inédito, pero revelador para definir con sus versos la tradición de la poesía en la lengua española; desde *Ciclo de vírgenes* —su primera colección de poemas— hasta su ingreso a la Academia Mexicana, culmina un reconocimiento a su originalidad —pocos antes había publicado el último libro: *Elegías y teofanías* y lo dijo con claridad Alí Chumacero en su contestación al discurso de ingreso: “Manuel Ponce..., llega con el ánimo resuelto de continuar en sus empeños literarios y contribuir a dar esplendor a nuestra lengua”. La revelación poética sucede por esa secuencia de identidad que logra establecer con el idioma. Pero antes hay que preguntarse: ¿la originalidad y su revelación lírica consistirán solamente en la manifestación religiosa? y, la otra, ¿el tema comprende todos sus poemas como ejemplo dominante del rigorismo conceptual o hay que resumir el legado con los títulos de su poesía publicada en el lapso de un cuarto de siglo? Ponce es un poeta de un lenguaje similar, pero no idéntico y en esa secuencia de imágenes, los títulos de su obra siguen estando vivos y será la que lo lleva finalmente a distinguirse del resto de su generación.

El ejemplo de sus versos a veces medidos, otras, basado en el verso libre y la escritura regida también por dominio del soneto son un dominio de identidad. Es un yo de la manifestación religiosa y teológica, no se detiene ni con el disparo de las palabras que revelan el fusil. Más bien con sus versos manifiesta un canto y una musicalidad y por esos rasgos específicos, es, un poeta rebelde: abre con el verso un cauce de ríos que se vuelven manantial y agua cristalina, para definir su propia identidad. La canción pequeña la hizo multitud: temas que van del recuerdo y el ejemplo de la distancia para ejercer plenamente el renacimiento del idioma entre modalidades de sonidos y momentos o para regirse por el verso denso y profundo: ejerce seguimiento puntual por las sombras que revelan las palabras vivas y en movimiento, y deja sentir esa musicalidad del idioma: “nos han traído una lengua lejana/ a este puro silencio de bosque partido,/ en el canto de ayer que se delata en nido,/ en el silente nido que cantará mañana”.

Casi toda su poesía la publica viviendo en Morelia. Aquí se encuentra radicando cuando empiezan a publicar sus primeros poemas y el año que finalmente decidió salir de la ciudad coincide con su último libro, dado a conocer en 1968, bajo el título de *Elegías y teofanías*. Ya había publicado todos los demás títulos, pero no es un autor desnaturalizado ni se olvida de la ciudad: él le escribe y muchos lectores hemos gozado un poema dedicado a Morelia casi siempre fuera de su obra y más de las veces, como referencia y homenaje, porque destacadamente tiene por tema la Catedral. Pero con una precisión todavía mayor a todo lo antes dicho: éste tiene por fondo esa joya arquitectónica, porque “la belleza de la Catedral moreliana y su religiosa sugestión —escribe Manuel González Galván— inspira la elevada fuerza poética y reverencial”, destaca:

“música de la piedra más baldía/ espiga su creciente partitura, y música del cielo la más pura/ en la piedra sus módulos enfría./ Sismo de tierra, sube a melodía;/ aura de cimas, colma la llanura,/ y se respira tal arquitectura/ como resuena tanta maestría./ Todas las liras en el aire tenso/ repercuten al son apasionado;/ el clamor de los hombres en ascenso/ penitencial redunda en su costado,/ y permaneces, contrapunto inmenso,/ ¡oh Jesucristo!, bien ejecutado” (“La catedral de Morelia”, en *Poesía, 1940-1984*).

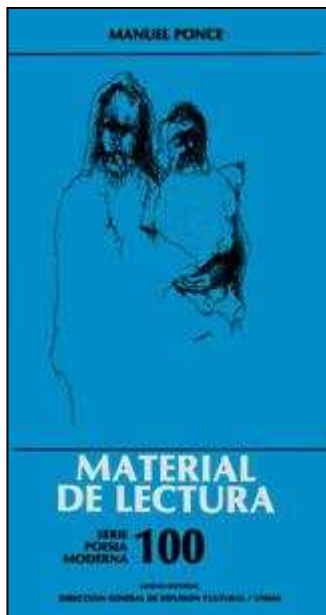
Lo que más llama la atención por la sencillez de su vida: Manuel Ponce nació en Tanhuato, Michoacán, el 15 de febrero de 1913 y murió en la ciudad de México el 6 de febrero de 1994; a los 11 años ingresa al Seminario de Morelia a estudiar para sacerdote, donde vive 37 años, porque se queda como profesor de Literatura, hasta 1961. En 1939 publica *Ocho poemas inéditos*, presentados por Gabriel Méndez Plancarte, para ya no detenerse en la escritura; termina por desarrollar una obra originalísima: *Ciclo de vírgenes*; *Quadragenario y segunda pasión*; *Misterios para cantar bajo los álamos*; *Cristo (recital poético)*; *María (recital poético)* y *Elegías y teofanías*. En 1950 publicó *El jardín increíble* —que bien puede ser el título general para agrupar toda su poesía— y ese mismo año, Alfonso Méndez Plancarte, escribe: “allá en el año de '39, la revista *Ábside* de esta capital lanzaba *Ocho poemas inéditos* de un estrenado lírico —oscuramente ignoto, a la sazón, pero llamado a esplendor muy alto— cuyas luces ‘querían quebrar albores’ desde Morelia”, iniciándose el reconocimiento pleno a la poesía de Manuel Ponce, entonces ya “camino en creciente” de una poesía diáfana, poesía del alma y de Dios.

LA CONDICIÓN ESPIRITUAL Y MANUEL PONCE

Javier Sicilia

Prólogo a *Manuel Ponce*. México, UNAM, 1982 (Material de lectura, poesía moderna, 100)

www.materialdelectura.unam.mx/images/stories/pdf5/manuel-ponce-100.pdf



¿Se puede hablar hoy en día de espiritualidad? Los cristianos podemos imaginar aún que existe una enseñanza que la tradición preserva en medio de una historia desgarrada. Al volver la mirada nos encontramos con Jesús o San Francisco y entonces reconocemos que el espíritu está en la tierra. Sí, es el amor de aquellos hombres el que lo revela y, delante de sus enseñanzas, es posible volver a recuperar la certeza de un mundo fraterno.

Se necesita tiempo para saber que esas mismas enseñanzas se pueden encontrar vivas en medio de la confusión de nuestra época. No es que el espíritu haya desertado de nosotros sino que en la actitud de los hombres ya no hay la disposición generosa para estrecharse amorosamente al mundo y escuchar la voz de Dios en el rumor del agua o en el perfume barato de una prostituta. Actualmente los hombres más espirituales toleran cierta racionalidad que los angustia; los más contemplativos, una duda. En las profundidades religiosas de *Muerte sin fin* de Gorostiza o de *Los cuartetos* de Eliot la poesía se debate en un intento desgarrado por acceder a Dios. Demasiada racionalidad termina por encadenarla a una lógica que le

impide ascender. Es que nosotros ya no sabemos nada de la sencillez que se declara a través del amor; ya no queremos mirar la desnudez que nace de la presencia de lo cercano, abstraídos solamente en las grandes ideas y en las grandes empresas. Gustamos más de la abstracción y dejamos a un lado la concreción de un mundo sencillo y pleno de amor para terminar por hacer de él una evidencia vulgar. Sin embargo, para ciertos espíritus religiosos como el de San Francisco o actualmente el de Teresa de Calcuta, la razón y las grandes ideas no cuentan para nada. Lo importante para ellos es esta vida que en su fondo declara por la sencillez. Nada de un mañana. El amor está aquí y redime al mundo, lo reintegra a una espiritualidad perenne.

Pero nuestros contemporáneos no ven en aquellos hombres más que ingenuidad. Si se trata de Teresa de Calcuta se le tolera por cierta consideración a la inocencia de los buenos sentimientos; si es otro, precisamente alguien que no ha sido consagrado por las instituciones o por los aparatos publicitarios, se le concede un lugar entre los anónimos y los ingenuos de su época. Éste es el caso de Manuel Ponce (Michoacán, 1913-D.F., 1994).

Muy pocos conocen su obra. Tal vez algunos asocien su nombre con el del sacerdote que ofició los domingos en una parroquia de la colonia Roma. Pero, leer su obra es casi un triunfo, excluida de antologías como *Poesía en movimiento* (por no considerarla moderna); editada casi toda en una editorial que goza de cierto prestigio reaccionario; fuera de circulación en librerías (es prácticamente imposible encontrar un libro suyo), la obra de Ponce, a no ser por la antología que hizo Gabriel Zaid en 1980 para el Fondo de Cultura Económica, sería un fantasma. Pero, los fantasmas, cuando son de la calidad de Ponce descubren como San Francisco o la Madre Teresa de Calcuta que la espiritualidad no necesita de lo lejano. Se le encuentra aquí, en esta carne y en este universo y tiene el rostro de la nimiedad. “No tiembla la hoja de un árbol si no es por

la voluntad del Padre”, dicen los Evangelios. Ponce lo sabe y su poesía aparece como el vivo reflejo de esa enseñanza. Atento a ese gesto se inclina sobre el mundo y descubre que el espíritu se ha encarnado en esta tierra.

Desde su primer libro-plaquet, *Ciclo de vírgenes* (1940), Ponce vuelve a aquella antigua espiritualidad franciscana y recobra la experiencia del cuerpo para sentir y hablar de Dios. Sus vírgenes no son entes teológicos, ni abstracciones cargadas de una pureza sobrehumana, sino muchachas de carne y hueso que “...arrastran una sombra / habitan una sombra. / No podían / arrastrar otra cosa”, y que incluso cuando caen llevadas por la fascinación del pecado no dejan de revelar ese gesto profundo de un Dios que permanece:

Corría ya
Se deslizaba por el ventisco
glaciar abajo,
lanzada,
pero guardando el equilibrio
Siempre reflujo abajo,
más aprisa, siempre en vuelo, casi en vilo.
Tú, acelerabas, vértigo;
acelerabas tú racha de siglos.
¡Dios mío!
¿Acelerabas
tú mismo?

Es por ello que concuerdo con Zaid cuando dice que la obra de Ponce desde *Ciclo de vírgenes*, hasta *Elegías y Teofanías* (1968) (última obra hasta ahora publicada) pasando por *Cuadragenario y segunda pasión*, *Misterios para cantar bajo los álamos* (1947) y *Cristo y María* (1962), podían reunirse bajo el título de *El jardín increíble*, primera obra de Ponce que aparece como libro propiamente dicho. Como San Francisco que declara que este mundo es fraterno y se estrecha igual a un hombre que a una piedra para reconocerlos hermanos, Ponce descubre, en el menor filamento de la materia, la vida y su cuerpo se regocija. Apenas mira este mundo, su cuerpo se estremece en un éxtasis que dice a través de sus poemas: si Dios es un jardín real e increíble como lo es toda realidad que se toca en su más extrema elementalidad; la materia y la vida no son sino la presencia y la permanencia de este jardín. El amor hace florecer esa realidad y la vuelve increíble. El cuerpo del hombre llevado hasta su más elemental y generosa desnudez es ese sitio por el que la realidad revela la presencia del jardín. En el cuerpo tocado por el amor, la realidad, la vida y la muerte se vuelven una, se vuelven Dios, y los opuestos se re-concilian. Dios es la virgen caída, es la mariposa y el capullo, la tierra, “la desaparición final” de un hombre, “la estrella que nos hiende con sus agujas”, “la plata fugaz” y “el líquido gorjeo / del agua que musita por la hondura” o “un puñado de gaviotas” que se convierten en “amor” El amor revela al mundo e in-mediatamente lo puebla de Espíritu, lo llena de realidad, de una realidad increíble. A través de él todo lo que se ve, todo lo que se experimenta, todo lo breve y pequeño se vuelve profundo y trascendente. El amor alimenta al mundo y este mundo con su materia y su cuerpo alimenta al amor. El jardín es el mundo y el mundo es la presencia inextinguible de un Dios que nos habla y nos acoge. Como en las últimas líneas del poema “retiro espiritual en el Pedregal de San Ángel”: “Y vi salir la luz, como Tú sales / y todo sonreír, como Tú sueles / esta mañana tierna de pirules”. No hay nada extraordinario en la mirada de Ponce, únicamente una sencillez delgada y profunda que se ha decidido por la grandeza de esta tierra y de esta vida. Esa mirada ha nacido de la propia tierra. El cristianismo ha sido su semilla, pero la tierra su madre. En esta tierra, donde la enseñanza de Ponce es más que poesía, descubro una actitud que me habla de un Dios demasiado simple y corpóreo. En este sitio y bajo este canto la tierra vuelve a su insondable desnudez, donde Dios tiene los ojos de las piedras y de los hombres, y donde la carne reconoce la grandeza de su

espíritu y de su resurrección. Si el espíritu vive, si, como mi fe me lo enseña, hay una resurrección, ésta no está en las grandes ideas; surge, en todo caso, de un amor secreto y mudo que ha aprendido a trascender la corruptibilidad de un cuerpo que desdeña esta vida. Sólo el amor (o la verdad, es lo mismo), dice San Juan, os hará libres y esto es hablar de la perennidad que hay en lo cotidiano, simple y pequeño como el paso breve y silencioso de las hormigas que nuestros ojos desdeñan.

**MANUEL PONCE
(1913-1994)**

Sólo hablé en cuatro o cinco ocasiones con el padre Manuel Ponce —la primera de ellas en octubre de 1986, en el Palacio de Bellas Artes, durante la clausura de un Encuentro de Poetas del Mundo Latino. El padre Ponce era una figura mínima, afable y solitaria, extrañado entre una turba de personas que deseaban saludar a los poetas famosos de México y Argentina, o bien a los simplemente desconocidos que habían llegado de Italia, Francia y Canadá.

Acababa de leer la *Antología* de Manuel Ponce que publicó el Fondo de Cultura, y me acerqué a él, bajo las molestas luces de los falsos candelabros que se reflejaban despiadadamente en el piso de mármol.

Posteriormente lo visité en la Comisión Nacional de Arte Sacro, de la cual era director, sobre la calle de Porfirio Díaz y cerca del Parque Hundido. Era un hombre callado y plácido, nada afecto a la trivialidad del mundo literario (de nuestra república de las letras, que con frecuencia toma el aspecto de una república bananera). En la penumbra eclesiástica, se daba a sus estudios privados y al desempeño de su puesto en esta Comisión que él mismo había creado. En una ocasión, fuimos a comer a una cafetería de autoservicio, y me resultó simpática su figura con una enorme charola entre

las bandejas de aquellos alimentos mercenarios. El padre Ponce era amigo de Alí Chumacero y de Salvador Elizondo, con quienes sostenía conversaciones a un tiempo paganas y cristianas. Conmigo hablaba de métrica latina, así como de formas estróficas españolas deducidas de ésta y aun de modelos italianos y franceses. Desmontaba minuciosamente una estructura de imágenes que había usado él mismo en alguno de sus poemas; o me refería alguna anécdota de los años cuarenta, cuando había sido un poeta joven y un profesor de literatura en el Seminario de Morelia.

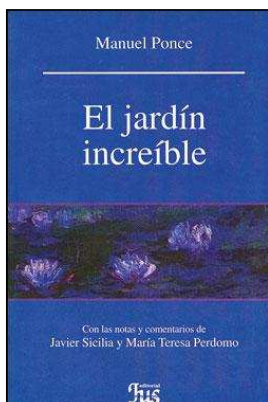
Por iniciativa suya, se mantenía una tertulia literaria en el Centro de Arte Dramático en Coyoacán, un poco en el estilo de los cenáculos de provincia de hace cincuenta años. Me invitó a leer mis poemas ahí, frente a un auditorio de personas sencillas y educadas, presidido por el padre Ponce y por Miguel Ángel Flores. Los talleres de poesía que en un tiempo se multiplicaron por la ciudad de México y en todo el país resultaban fríos, mecánicos y autoritarios comparados con este núcleo fino y cordial.

Manuel Ponce era un hombre bondadoso, inteligente y a veces ligeramente irónico; había en él la misma complejidad y gracia con que están urdidos sus poemas. Una cualidad de salud y bonhomía surgía siempre en su trato, dispensado por entonces a un joven desconocido que lo admiró como persona, y que cultivó desde esos años la compañía renovada de sus libros de poemas. ✽

ALFREDO GARCÍA VALDEZ
7/III/94

Vuelta, núm. 209, abril de 1994.

Prólogo a *El jardín increíble*. 2ª ed. México, Jus, 1999 (Clásicos cristianos, 7).



El jardín increíble, como toda la poesía de Manuel Ponce, es una revelación religiosa. La mirada del poeta descubre un sentido más profundo, una realidad más honda en todo lo que contempla. En esa búsqueda, llena su poesía de luminosidad y de abismo. Ve las huellas de Dios en todo lo que existe; se le derrama el gozo de contemplar las diferentes formas de hermosura. Es un jardín extraño, sobre el que planea un aura de misterio, concentrada en la percepción simultánea de vida y muerte, como ocurre en el poema que lo abre. Esta percepción se da en el deslumbramiento de la luz y el silencio de un bosque, donde un leve movimiento causado por la caída de una hoja penetra hondamente

al poeta y lo deja absorto hasta decir:

...Yo estoy herido
de muerte, una muerte venial y liviana

El hecho está limpio de tragedia, sentido más bien como herida gozosa, contemplación que es muerte y que es vida, revelación que surge del ámbito del bosque para desbordarse por todas partes, como lo dicen en seguida:

Cuelga en la luz, cuelga en la rama vencida,
en cuevas perfumadas se despeña
y en dondequiera pienso y amo, me provoca.

El jardín increíble pierde las vallas que lo circundan para extenderse por horizontes sin límites: acaba por identificarse con el mundo. Hasta lo accidental, lo cotidiano, cualquier incidente o momento de la realidad revela honduras esenciales. A la palabra, por ejemplo, le descubre origen divino y aroma de Génesis:

El agua fue la cuna
en donde se mecieron las palabras,
por eso hay una infancia inagotable
en el mar, en la lluvia y en los ríos.

Esta palabra es hacedora de todo lo existente.

pero yo sé que todo es tu palabra
y el rictus indecible de tu boca.

Reitera y ensancha la percepción anterior con un reconocimiento gozoso que llena y colma su vivir:

¡Con tus palabras haces de nosotros
y del mundo una fábula ingeniosa!
Ya no vivo ni pienso ni camino
sino por la palabra que pronuncias

Su vida y su quehacer poético se concentran entonces en descubrir los ecos de esa palabra por todas partes, y el mundo se le convierte en espacio teofánico, lugar de encuentro y revelación, de asombro y celebración.

Yo bendigo al Señor por el hechizo
que recatadamente se destalla
de tu barro mortal, por esa huella
de eternidad sobre tu ser huidizo.

Siente también la presencia de Dios en los prados, en la postrera respiración de una flor, en el dolor,

En las ciudades hechas
de puro afán caduco
y llanto. ¿No eras Tú?

Con la misma verdad emotiva con que Manuel Ponce habla de dios, habla también de la vida, amándola como es, en todo su esplendor y miseria. En la rosa capta ese doble carácter:

Todo en la vida es rosa, ser extraño
que no parece que nos hace daño
y toca en lo más hondo de la llaga.

No le inventa a la vida caras que no tiene ni deja de ver la maldad:

La noche tiene un nido
y el nido una estrella
abre su broche. Sella
la boca y el oído.
Por amor ha extendido
su dorada centella
cauda nupcial. Es ella
y su encendido.
Voy por una mentira
del cielo, mar y mundo
náufrago. Calla y mira.
Voy por una batalla
de odio furibundo
muriendo. Mira y calla.

También habla Ponce del amor humano, expresado con dilatada hermosura, cuando a Orfeo se le permite descender a los infiernos para rescatar a su amada Eurídice, bajo la condición de que no la vea hasta salir de la región sombría. Al decirle su amor, lo ensancha en elementos de la naturaleza, primeramente en el

mar, como caricia dolorosa, por haber sufrido su ausencia, seguida de otra caricia, sin padecimiento y de extrema finura.

Déjame que te bese amargamente
con los labios de mar que yo me invento,
y con su música de seda el viento,
te deslice los ojos y la frente.

Insta después a Eurídice a subir de nuevo a la tierra con súplica esperanzada y tangencial, delegada en una flor y en la luz:

La rosa quiere con rosado intento
iluminarte con su beso ardiente,
el sol busca en tus ojos un oriente
y en su esmeralda un verde firmamento.

Y traspasa la inmensidad de su amor a grandiosas vastedades:

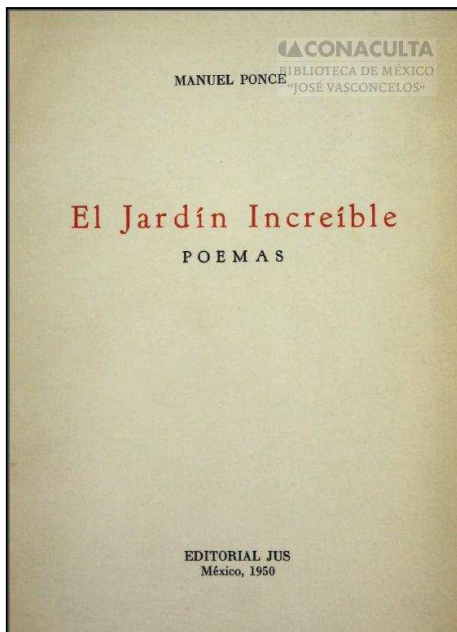
Que te bese la tierra, el mar, el día
por mi boca que no te besaría,
por mi boca que nunca te ha besado.

Termina por llevar la expresión de su amor a una hondura insondable:

Yo te beso muy hondo, en el abismo
del ser y del no ser, donde yo mismo
no sé si existe o te he soñado.

Técnicamente, su poesía está constituida por una gran variedad de recursos, desde el léxico, que reúne cultismos, neologismos, lugres comunes, palabras caídas en desuso, giros abstractos. La sola enumeración de esos elementos y la manera en que el poema los integra en su contexto hablan de la complejidad y singularidad de su lengua, aunados a imágenes, metáforas y símbolos que intensifican la percepción y acrecientan el significado. La adjetivación, inesperada y precisa, confiere a los sustantivos una particular fuerza expresiva. La variedad de figuras retóricas y la amplia gama de la versificación, en la que conviven la medida rigurosa con el verso libre y el blanco dan a su lengua un carácter inédito. Este conjunto de recursos acaban en parte la normatividad y en parte la vulneran, ya que al poeta no le interesa la fidelidad a una norma, sino servirse de ella, según sus necesidades expresivas. Por todo esto, no es extraño que Rafael Alberti haya calificado a Manuel Ponce, en alguna ocasión, como uno de los más altos poetas en lengua hispánica.

Este libro, de polifacética hermosura y desbordante amor, es una revelación del jardín increíble en que vivimos, cuando tenemos ojos para verlo.



Primera edición de *El jardín increíble*. Disponible en:
http://dgb.conaculta.gob.mx/cerebro/coleccion/pdf_conservacion/1049145.pdf

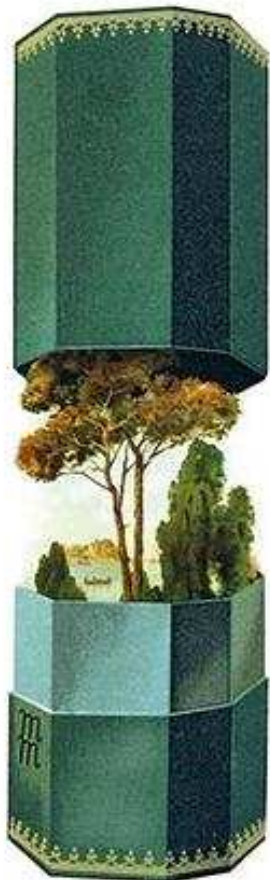
CENTENARIO DE MANUEL PONCE

Gabriel Zaid

Letras Libres, núm. 170, febrero de 2013

www.letraslibres.com/revista/convivio/centenario-de-manuel-ponce?page=full

Ilustración: Manuel Monroy



El 24 de febrero se celebrará en el Palacio de Bellas Artes el centenario de Manuel Ponce. Gabriel Zaid publicó en estas páginas (mayo de 2000) un acercamiento a este poeta. Ahora nos ofrece una versión ampliada de aquel texto.

Dos libros excepcionales: *Subordinaciones* de Carlos Pellicer (Jus, 1949) y *El jardín increíble* de Manuel Ponce (Jus, 1950) fueron reeditados cincuenta años después: *Subordinaciones* (Fondo de Cultura Económica, 1999) y *El jardín increíble* (Jus, 2000). Además de esa curiosa coincidencia, tienen otra: la visión religiosa de la naturaleza.

En la selva de Pellicer, lo natural se vuelve connatural. Recuerda la fraternidad de San Francisco con todas las criaturas:

Cuando a un árbol le doy la rama de mi mano,
siento la conexión y lo que se destila
en el alma cuando alguien está junto a un hermano.

En el jardín de Ponce, lo natural se vuelve sobrenatural. Recuerda a los místicos arrobados por la luz entre los árboles:

Callamos por la luz que se rebana,
por la hoja que se ha distraído
y cae.

El jardín increíble fue reeditado en la colección de Clásicos Cristianos, con dos buenos textos de presentación: “La teofanía enEl jardín increíble” de Javier Sicilia y “Poesía y revelación” de María Teresa Perdomo, autora de *La poesía de Manuel Ponce* (Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1994), libro que recoge mucha información y entra acertadamente a lo más difícil de todo: el análisis literario de los poemas.

Ponce nació en Tanhuato, Michoacán, el 15 de febrero de 1913 y murió en la ciudad de México el 5 de febrero de 1994. Como Pellicer, no le daba importancia a las fechas exactas. La Academia Mexicana de la Lengua preparaba *Semblanzas de académicos: Antiguas, recientes y nuevas* (FCE, 2004) y, al encargarme la

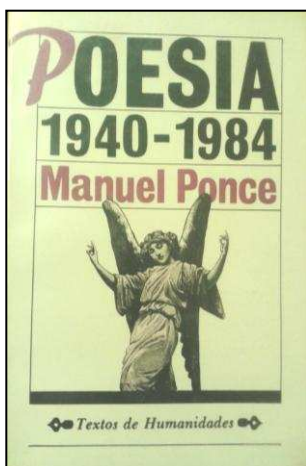
de Ponce, me entregó su currículo, que discrepaba de la información que él mismo me había dado sobre su nacimiento (y no objetó cuando la publiqué). Se me ocurrió buscar el acta de nacimiento en Tanhuato, que no existe porque entonces no había registro civil; pero obtuve la partida de bautismo, gracias a la eficacia de la parroquia: la pedí por teléfono y me la enviaron por correo.

A continuación, corrijo errores. Nació el 15, no el 19. Le pusieron J. Manuel Salvador. Sus padres fueron Lorenzo Ponce (que murió cinco años después) y María Josefa Zavala. Sus padrinos, Manuel Cerrato y María Hernández Martínez; no el párroco del lugar, José C. Figueroa, que él recordaba como padrino (y quizá lo fue de confirmación, o de primera comunión, o simplemente de protección al niño huérfano). Entró a los once años, no a los trece, al Seminario de Morelia, según los registros escolares que fue a ver la doctora Perdomo. Ella también verificó que la fecha de ordenación fue el 15 de noviembre de 1936, no el 8 de diciembre; aunque esta fecha figura en el folleto que celebró sus Bodas de oro sacerdotales (Libros de México, 1987). Pero la discrepancia en este caso se explica, porque se trata de dos liturgias distintas: la ordenación y la primera misa o cantamisa, poco después.

Fue el segundo de tres hijos (Adolfo, Manuel, Olivia) de una familia de Puruándiro que llegó de visita a Tanhuato, donde el párroco era su pariente (y se volvió el modelo del niño). Su padre era comerciante en semillas, y quizá también iba de negocios. Prolongaron su estancia por la inseguridad derivada del cuartelazo del 9 de febrero de 1913, unos días antes del nacimiento del niño. Su madre queda viuda en 1918. Lo interna en el Seminario de Morelia en 1924. En 1926, el presidente Calles inicia la tercera persecución religiosa en la historia de México. Los seminaristas de Morelia huyen con sus maestros (como el sacerdote y poeta michoacano Francisco Alday) hacia un refugio clandestino en León, Guanajuato. Tardíamente, recibe la ordenación en Morelia (con cierto sigilo: no en la catedral, que habría sido lo normal, sino en la capilla de San José) de manos de otro poeta michoacano: Luis María Martínez, entonces obispo auxiliar de Morelia y luego arzobispo de México y académico de la lengua.

(En 1950, todavía quedaban polvos de aquellos lodos persecutorios: el académico Luis María Martínez tuvo la osadía de presentarse a una sesión solemne de la Academia en el Palacio de las Bellas Artes vestido de arzobispo, por lo cual su colega Martín Luis Guzmán le recordó el artículo 130 de la Constitución y armó un escándalo, contado por él mismo en un sabroso libro [Academia, Compañía General de Ediciones, 1959].)

Pero el joven poeta y sacerdote no se fue del seminario: se quedó como profesor de literatura veinticinco años más (1936-1961) y siguió escribiendo. Tuvo la suerte de que sus poemas le gustaran a Gabriel Méndez Plancarte (otro sacerdote y poeta michoacano), entonces adalid, con su hermano Alfonso, de la renovación de la cultura católica en la revista *Ábside*. Lo presentó como un “artista original y profundo” cuando aún no cumplía los veintiséis años y le publicó “Ocho poemas inéditos” (enero de 1939). Además,



publicó su primer cuaderno poético, *Ciclo de vírgenes* (1940), que sorprendió por su atrevimiento. Según Cyril Connolly: “Fuera de Hopkins, los escritores católicos casi nunca experimentan” (The Modern Movement).

Después de este cuaderno, publica otros dos, también Bajo el Signo de Ábside: *Quadrigenario y segunda pasión* (1942) y *Misterios para cantar bajo los álamos* (1947). Los jaikús a lo divino del último fueron una novedad absoluta y llamaron mucho la atención. Leonardo Velázquez transformó cuatro en preciosas canciones en la voz de Margarita Pruneda (Fernando Díaz de Urdanivia las incluye, con textos de otros poetas recitados o escenificados, en

Poesía religiosa, disco CD-LUM-93002-P, Luzam, 1993).

En 1944, funda la revista literaria *Trento*, que dirige hasta el último número en 1968. En 1969, deja Morelia para residir en México y hacerse cargo de la Comisión Nacional de Arte Sacro, órgano del episcopado mexicano, cuya fundación promovió y de la cual fue secretario hasta su muerte. Organizó la publicación del libro *Il barocco del Messico* (Milán, Jaca Book, 1991) y la celebración del Primer Simposio Internacional de Arte Sacro en México (1992). Por sus trabajos en favor del arte sacro, Juan Pablo II, al formar la Comisión Pontificia para la Guarda y Fomento del Arte y de la Historia, lo nombró consultor (1991); y en mayo de 1992 le concedió el título honorífico de Capellán del Papa, con la prerrogativa (que no usó) de ser llamado monseñor.

En 1962, publicó *Cristo* (recital poético, 1959). *María* (recital poético, 1961) y en 1968, *Elegías y teofanías*, ambos en Jus. El 14 de octubre de 1977 ocupó la silla XIV de la Academia Mexicana de la Lengua con un discurso sobre La elocuencia sagrada en México, respondido por Alí Chumacero (ambos publicados por la Academia en sus *Memorias*, tomo XXIV, pp. 138-157 y también como opúsculo, 1977).

Leyó mucha poesía en italiano, latín, francés y, desde luego, en español. En sus poemas hay huellas de Gerardo Diego (cuya admirable musicalidad igualó) y Rafael Alberti (cuyo libro *Sobre los ángeles* influye en *Ciclo de vírgenes*).

Leía poco el inglés, y se enteró muy tarde de Gerard Manley Hopkins, con el cual tuvo paralelismos. Ambos sacerdotes católicos y poetas; ambos innovadores con una originalidad que les ganó incomprendiones del medio religioso y admiración del medio literario; ambos dispuestos a sacrificar su vocación poética a su vocación sacerdotal; ambos interesados en la música hasta el punto de intentar la composición. Ambos con invenciones de una música refinada y difícil que inventa cosas todavía más difíciles: nuevos sentimientos religiosos, un frisson nouveau donde menos se esperaría. En los mejores poemas de ambos, las ideas, los temas, los sentimientos, el vocabulario, la adjetivación, las imágenes, la métrica, rompen las convenciones de

la poesía religiosa: inventan su propia forma de religiosidad poética, renuevan el lenguaje poético de la experiencia de Dios.

El jardín increíble despliega con mayor audacia y extensión las revelaciones de sus primeros cuadernos. Un lenguaje inusitado para expresar lo religioso. Una experimentación técnica que no se queda en las búsquedas interesantes, sino que culmina en formas de admirable belleza. Una maestría renovadora de los metros tradicionales y de los menos frecuentados (el verso blanco, el eneasílabo, el endecasílabo agudo). Un oído de compositor de música de cámara. Metáforas audaces. Sentido del humor y del juego. Una sorprendente originalidad moral, religiosa y artística.

Fue antologado en *La poesía mexicana moderna* de Antonio Castro Leal (FCE, 1953). *Antología mexicana de poesía religiosa: Siglo veinte* de Carlos González Salas (Jus, 1960). *Anuario de la poesía mexicana 1961* de Porfirio Martínez Peñaloza (INBA, 1962). *Mil y un sonetos mexicanos, del siglo XIV al XX* de Salvador Novo (Porrúa, 1963). *La poesía mexicana del siglo XX* de Carlos Monsiváis (Empresas Editoriales, 1966). *Jardín moreliano de poetas* de Ramón López Lara, Agustín García A. y Porfirio Martínez Peñaloza (Morelia, Balsal, 1970). *Ómnibus de poesía mexicana* de Gabriel Zaid (Siglo XXI, 1971). *Museo poético* de Salvador Elizondo (UNAM, 1974). *Flor y canto de poesía guadalupana. Siglo XX* de Joaquín Antonio Peñalosa (Jus, 1984). *Breve historia y antología del haikú en la lírica mexicana* de Ty Hadman (Domés, 1987). *La rosa de los vientos: Antología de poesía mexicana actual* de Francisco Serrano (Conaculta, 1992). *La rosa escrita: Breve antología poética de la rosa en lengua castellana* de Francisco Hernández (Aldus, 1996). *Poesía religiosa mexicana: Siglo XX* de Jorge Eugenio Ortiz Gallegos (Lajas de Papel, 1998). *Poesía en segundos* de Víctor Manuel Mendiola (Cal y Arena, 2000). *Dos siglos de poesía mexicana* de Juan Domingo Argüelles (Océano, 2001). *El salmo fugitivo: Una antología de poesía religiosa latinoamericana del siglo XX* de Leopoldo Cervantes-Ortiz (Aldus, 2004). *Hablando con Dios en español* de Raúl Bañuelos, José Bru y Dante Medina (Universidad de Guadalajara, 2004). *Otros 1001 sonetos mexicanos* de Raymundo Ramos (UNAM, 2006). *Antología general de la poesía mexicana de la época prehispánica a nuestros días* de Juan Domingo Argüelles (Océano, 2012).

En 1980, publiqué una *Antología poética* de su obra (Letras Mexicanas del FCE, reeditada en Lecturas Mexicanas del Conaculta en 1991). En 1982, apareció *Manuel Ponce*, antología de Jorge González de León y Javier Sicilia (UNAM, Material de Lectura). En 1987, María-Luisa Rodríguez Lee publicó *Manuel Ponce: Some of my poems* (Pittsburgh, Latin American Literary Review Press) en edición bilingüe con traducciones suyas. En 1988, Javier Sicilia y Jorge González de León compilaron su *Poesía 1940-1984* (UNAM). Ese mismo año, también en la UNAM, la colección Voz Viva de México publicó el disco *Manuel Ponce*, donde lee una selección de sus poemas, presentados por Vicente Quirarte.

Solitario, pero siempre cordial; contemplativo (y hasta con algo de poeta despistado), pero lleno de iniciativas de servicio; cumplía con sus funciones pastorales (fue párroco más de una vez), pero le daba especial importancia a la revelación de Dios en el arte. Tocaba el piano y compuso algunas sonatas que prefirió no publicar. Organizó en Morelia el Instituto Arca (Arte y Caridad) con talleres de poesía, música y pintura; y en la ciudad de México una Casa de la Poesía. Promovió que el arte moderno entrara a la vida religiosa y defendió el antiguo de la incuria oficial y parroquial. Parecía tener la fe religiosa expresada por Dostoievski: La belleza salvará el mundo.

DENUNCIAN OLVIDO HACIA POETA MICHOACANO MANUEL PONCE

Ricardo Aguilera

Provincia, Morelia, 24 de octubre de 2012

Uno de los principales exponentes de la literatura mística contemporánea, el poeta michoacano Manuel Ponce, está a punto de pasar inadvertido en la serie de homenajes que las autoridades culturales de Michoacán deberían impulsar para reconocer a los creadores locales, asegura el investigador Rafael Calderón.

“Faltan unos cuantos meses para que se cumpla el primer centenario del natalicio de este autor y, a todas luces, las instancias responsables no han dado señales para que esta fecha fundamental del calendario sea recordada con actividades a la altura del personaje”, reconoció este estudioso de la literatura estatal.

Desde su perspectiva, el personaje en cuestión posee los méritos suficientes para que el próximo 15 de febrero —en el pueblo de Tanhuato, en la porción noroeste de la entidad— se genere un homenaje de dimensiones nacionales, debido a que él exploró un género único en las letras: el haikú de corte religioso.

Para fortalecer la propuesta consideró que, hace más de 20 años, dos instituciones con presencia en todo el país asumieron la labor de difundir parte de su obra poética: una de ellas es el Fondo de Cultura Económica (FCE), a través de una *Antología poética*; la otra fue la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) con el trabajo *Poesía 1940- 1984*.

A estos valores se deben agregar otros que le confieren un significado especial a su producción escrita: “Aunque consideró a la religión, a las imágenes y al imaginario derivado de la institución eclesiástica como fuente de inspiración, también hizo posible que la literatura se convirtiera en una posibilidad de experimentación con las palabras y sus sonidos”, expuso Calderón.

Reconoció que estos fundamentos han pasado de largo al Departamento de Literatura y Fomento a la Lectura de la Secretaría de Cultura de Michoacán (Secum). Sobre todo si se toma en cuenta que, hasta ahora, esta sección institucional no ha promovido la recopilación completa de sus obras. Para abatir esta situación, el abogado de formación tiene una propuesta: que a Manuel Ponce se le recuerde a través de conferencias, mesas redondas y ponencias; en ellas, considera, no solo se debe contemplar la presencia de los conocedores, sino también garantizar la presencia de sus coterráneos.

“Es interesante, por ejemplo, que la Feria Nacional del Libro y la Lectura se haya dedicado a Carlos Fuentes. Sin embargo, considero que el homenaje desde Michoacán llegó tarde y no se encuentra a la altura

de los que han hecho al reconocido escritor, por todo el mundo, desde su fallecimiento. Entonces, antes de mirar hacia afuera debemos reconocer lo nuestro”, sentenció.

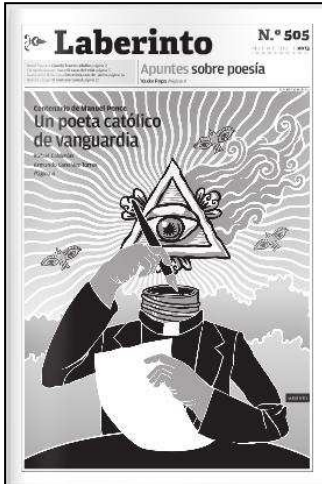
Sin abandonar su ministerio sacerdotal, Manuel Ponce supo dejar por escrito muchas de sus preocupaciones de vida. Estas se hacen presentes en sus poemas, ensayos, narraciones y colaboraciones periodísticas, propuestas escritas que revelan la delicadeza del verso clásico español.

En los datos biográficos sobre Manuel Ponce también se considera que, a la par de escribir obras como *Ciclo de vírgenes*, *Díptico pastoral* o los poemas *Cristo y María*, formó a diferentes generaciones de estudiantes como profesor. Otra serie de méritos que, en 1976, le permitieron ingresar como miembro de la Academia Mexicana de la Lengua.

MANUEL PONCE, UN POETA CATÓLICO DE VANGUARDIA

Rafael Calderón

Laberinto, supl. de *Milenio Diario*, núm. 505, 16 de febrero de 2013
<http://sclaberinto.blogspot.mx/p/sacerdote-periodista-y-catedratico-la.html>



Sacerdote, periodista y catedrático, la trayectoria de Manuel Ponce fue renovadora para la escena literaria del siglo XX. Su obra poética se decantó por la religiosidad, la devoción popular y la celebración de la vida y la libertad. A Ponce, quien nació el 15 de febrero de 1913 en Tanhuato, Michoacán, y falleció en la Ciudad de México el 5 de febrero de 1994, lo recordamos con los siguientes ensayos que nos hablan no solo del escritor, también del hombre que solía asombrarse con la cotidianidad.

El caso de Manuel Ponce es, ante todo, inédito pero revelador en la tradición de la poesía en lengua española. La prolongación estética de su obra fue exaltada con contundente claridad por Alí Chumacero en su contestación al Discurso de ingreso de Ponce a la Academia Mexicana de la Lengua, cuya obra comenzó con la colección de poemas *Ciclo de vírgenes* y culminó con *Elegías y teofanías*: “Manuel Ponce llega con el ánimo resuelto de continuar en sus empeños literarios y contribuir a dar esplendor a nuestra lengua”. La revelación poética sucede por esa secuencia rítmica que logra establecer con el idioma. Pero antes hay que preguntarse: ¿la originalidad y su revelación lírica consistirán solamente en la manifestación religiosa? ¿El tema comprende todos sus poemas como ejemplo dominante del rigorismo conceptual o hay que resumir el legado con los títulos de su poesía publicada en el lapso de un cuarto de siglo? Ponce es un poeta de lenguaje cambiante, creador de una obra viva aún y que lo distinguió de los escritores su generación. Sus versos a veces medidos, otras basados en el verso libre y la escritura bajo el dominio del soneto, son marca de identidad.

Es un Yo de la manifestación religiosa y teológica, no se detiene ni con el disparo de las palabras que revelan el fusil. Más bien, con sus versos manifiesta un canto y una musicalidad y, por esos rasgos específicos, es un poeta rebelde: abre con el verso un cauce de ríos que se vuelven manantial y agua cristalina, para definir su propia identidad. La canción pequeña la hizo multitud: temas que van del recuerdo y la distancia para ejercer plenamente el renacimiento del idioma entre modalidades de sonidos y momentos o para regirse por el verso denso y profundo: ejerce seguimiento puntual de las sombras que revelan las palabras vivas, deja sentir la musicalidad del idioma: “Nos han traído una lengua lejana/ a este puro silencio de bosque partido,/ en el canto de ayer que se delata en nido,/ en el silente nido que cantará mañana/. Callamos por la luz que se rebana, / por la hoja que se ha distraído/ y cae...”.



La contemporaneidad de Manuel Ponce lo lleva a ser parte de la manifestación literaria de mediados del siglo XX. Su lugar, al margen de la Generación de Medio Siglo y de los autores de la revista *Taller*, entre ellos Octavio Paz y Efraín Huerta, que nacieron por los mismos años que el michoacano, son solo una coincidencia. Con quien se le encuentra mayor cercanía es Rubén Bonifaz Nuño: la pasión lírica los llevará a leer con disciplina y goce envidiable a los clásicos griegos y latinos. Esa fuente de gobernabilidad de su dominio poético los distinguirá de otros autores de su generación pues, desde temprano, abrevan en la herencia clásica para más tarde escribir con el caudal de la tradición y la identidad, hasta llegar a una poesía moderna que evidencia el clasicismo en su consolidación. No obstante, ambos superan el pasado para ejercer una modernidad en el verso que aún no puede llamarse de vanguardia.

Ponce sigue la huella de una búsqueda que lo lleva a beber el idioma de Góngora y agotar el apasionado descubrimiento del ritmo coloquial. En sus poemas destacan la musicalidad con el verso libre, visible también a través del soneto como modelo clásico, inconfundible en los resultados que aporta en sus poemas. La voz es una seducción que se mezcla con la unidad del tema coloquial, una incitación que casi simula voluntad divina y, a la vez, presenta ese mar pasional de imágenes con la libertad que surge desde una juventud rebelde, casi siempre en movimiento y sin detenerse:

A su primer suspiro,
nadie tendió la mano;
solo el abismo.
Después mil brazos
corrieron al auxilio,
pero ya entonces
ella no quiso.

Ponce vive en provincia. Los títulos que emplea en sus libros registran una sonoridad religiosa, ejemplo de libertad con el lenguaje que, en el mejor de los términos y para toda la tradición de la literatura religiosa, son elementos terrenales del mismo idioma: agua, montes, ángeles, tardes, gorjeos. Agrega aquellos componentes a sus versos para que sean identificados con la personalidad del sacerdote que mantuvo su religiosidad como asunto de vida o para recordar que en su vida adulta se dedicó a escribir poemas con una profunda vocación religiosa. Otra supervivencia que surge en versos: traduce casi todo Dante por placer, para cantar los versos del poeta italiano en nuestro idioma.

Publica casi toda su poesía cuando vive en Morelia. Su último libro, *Elegías y teofanías* se edita en 1968, año en que decidió abandonar esa ciudad. No obstante, a la capital michoacana no la olvida. Muchos lectores hemos gozado el poema dedicado a Morelia cuyo tema es la Catedral. De éste, Manuel González

Galván escribió: “La belleza de la Catedral moreliana y su religiosa sugestión inspira la elevada fuerza poética y reverencial”.

Veamos:

Música de la piedra más baldía
espiga su creciente partitura,
y música del cielo la más pura
en la piedra sus módulos enfría.
Sismo de tierra, sube a melodía;
aura de cimas, colma la llanura;
y se respira tal arquitectura...

La poesía católica de vanguardia de Manuel Ponce, renueva el canon de la poética confesional. El resultado de la búsqueda hermética que emprendió desde sus primeros poemas, quedó configurado en *El jardín increíble*, resumen del esplendor en la tradición de la poesía mexicana del siglo XX. Su trayectoria será reconocida como un *antes* y un *después* con ese libro, porque “una de las direcciones destacadas de la poesía contemporánea es el hermetismo”, y éste será, precisamente, uno de sus elementos sustanciales. Es decir, la vanguardia como atributo de un sacerdote católico que concibe una poesía originalísima. Aunque escribe poemas en un periodo de medio siglo, su obra no supera los doscientos poemas, reunidos en torno a siete títulos. Los primeros versos datan de la década de los treinta.

Desde 1942 —según Adolfo Sánchez Vázquez un poco antes— queda establecido el ritmo que, con el tiempo, Manuel Ponce logra establecer en la poesía; José Luis Martínez señala que a partir de la lectura de las dos obras iniciales —*Ciclo de vírgenes* y *Quadragenario y segunda pasión*— Ponce “empieza a labrarse un prestigio minucioso en esta dirección de la poesía”. Es decir, la línea que parte posiblemente de Mallarmé y la tradición hermética, porque sorprende con sus versos y confirma la predominancia del tema religioso, “pero su expresión poética es de diversa textura” y esa consideración empieza a clarificar el camino de un poeta católico de vanguardia. Ya no queda duda: “recurre a las fuentes bíblicas para estructurar su poesía. Pero lo importante es que trata de reducir a poesía esos símbolos, y que ellos son al mismo tiempo un vehículo no arbitrario de su expresión”. Sin dejar de lado su formación religiosa y la diaria meditación teológica, “pretende que su poesía tenga el máximo de precisión verbal”. Esto nos lleva a concluir, al igual que José Luis Martínez, que son temas apenas abordados entre los poetas de su generación y, a fin de cuentas, lo que define su personalidad: el acento poético y los aspectos entrañables que determinan su escritura de vanguardia, con poemas que van desde el soneto o por algunos que son a un tiempo, haikú a lo divino, como en *Misterios para cantar bajo los álamos* cuyas imágenes y alegorías religiosas, remiten al más allá de sí mismo y constituyen, para nosotros, motivos de indagación lírica. Manuel Ponce reflexiona y establece por el verso breve y conciso, figuras originales y perdurables para el idioma:

¡Qué suplicio más atroz
que una cruz para la daga,
un amor para la llaga,
una mies para la hoz
y un precio para la paga!

Lo dice con precisión todavía mayor Francisco Serrano: cuando le llega la revelación, Ponce resulta ser un caso excepcional en las letras mexicanas, ya que es un poeta que cree en la poesía, la verdadera poesía, como en un milagro. Abunda todavía más: autor de rara perfección, dueño de un oído finísimo: “Sus poemas, pequeñas obras maestras, joyas simultáneamente de fervor y de prosodia, son, literalmente, epifanías en que la materia verbal se ha convertido en un luminoso reflejo de lo inefable”.

Lo dicen también Javier Sicilia y González de León en *Manuel Ponce y su obra poética*; Patricia Basave, citando a José Luis Martínez, escribe: “formado en el estudio y la diaria meditación de la teología, sus vuelos poéticos se le dan necesariamente en esta base alegórica. Más que mística es una poesía teológica, como filosófica es la de Gorostiza”. No termina ahí esa búsqueda de fuentes con la poesía de Ponce: “Tal vez desde los Padres Latinos no se había escrito una poesía eminentemente teológica. Sin embargo, lo que sorprende no es el elemento teológico (se puede escribir una poesía teológica que termine por ser más teológica que poesía, es decir, como sucede con mucha poesía política, volverse sierva de su argumento), sino la manera que tiene Ponce de abordar las tesis teológicas y empujarlas al extremo en que el argumento se rompe y surge de él una palabra, una imagen que lo desborda”. Quizá sea aquí donde radica la complejidad de Ponce y que nosotros intentamos explicar, pero reconociendo que él escribe con un misterio de silencios: la palabra va descifrando la unidad constante, otorga vivacidad al poema para destacar con éste el cambio de significados.

Lo que más llama la atención por la sencillez de su vida, es que Manuel Ponce nació en Tanhuato, Michoacán, el 15 de febrero de 1913 y murió en la Ciudad de México el 6 de febrero de 1994. A los once años ingresa al Seminario de Morelia y estudia para sacerdote, donde vive 37 años, pues se queda como profesor de literatura hasta 1961.

En 1939 publica “Ocho poemas inéditos”, presentados por Gabriel Méndez Plancarte, para ya no detenerse en la escritura, y termina por desarrollar una obra originalísima: *Ciclo de vírgenes; Cuadragenario y segunda pasión; Misterios para cantar bajo los álamos; Cristo (recital poético); María (recital poético)* y *Elegías y teofanías*. En 1950 publica *El jardín increíble* —que bien puede ser el título general para agrupar toda su obra— y ese mismo año, Alfonso Méndez Plancarte, escribe: “allá en el año de ‘39, la revista *Ábside* de esta capital lanzaba ‘Ocho poemas inéditos’ de un estrenado lírico —oscuramente ignoto, a la sazón, pero llamado a esplendor muy alto— cuyas luces ‘querían quebrar albores’ desde Morelia”, iniciándose el

reconocimiento pleno a su trabajo, entonces ya “camino en creciente” de una poesía diáfana, poesía del alma y de Dios.

La descarga poética, simbólica y artística de Ponce, en buena medida, le llega de San Agustín, de Garcilaso de la Vega, y trasluce algo de Horacio más que de Virgilio, y termina en el altísimo sentido de la poesía de fray Luis y de Luis de Góngora. En 1980, con selección y el prólogo de Gabriel Zaid, se publica *Antología poética* y, un año después, *Manuel Ponce*, otra breve antología de Jorge González de León y Javier Sicilia, con prólogo del último, y en el que se manifiesta un resumen apretado del diálogo pausado que culmina con el verso fino y pulido.

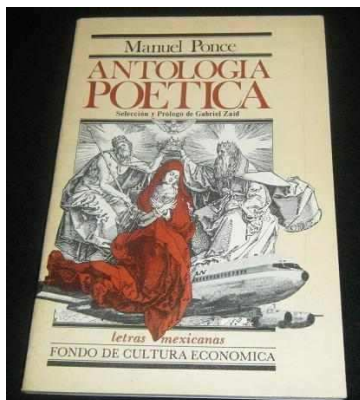
En 1988, para conmemorar sus 75 años de vida, se reunieron todos sus poemas bajo el título de *Poesía. 1940-1984*, con prólogo de Javier Sicilia y Jorge González de León, que agrega una sección intitulada: “Poemas dispersos”. Ese mismo año salió la edición del disco *Manuel Ponce lee sus poemas*, presentado por Vicente Quirarte.

Aunque las razones para seguir leyéndolo son varias, debemos destacar que se trata de un autor cuya inspiración vocacional contribuye a la renovación de la lengua y al rigor de la musicalidad profunda, pues sus poemas son para ser leídos como ejemplo de la herencia poética que proviene de San Juan de la Cruz y otros clásicos. Es decir, los ojos que se pasean por la lectura de sus poemas, como escribe Gabriel Zaid, serán — todavía— los que “hacen falta para ver ese extraño jardín, que aparece o desaparece en la poesía de Manuel Ponce”.

MANUEL PONCE: EL MISTERIO RISUEÑO

Armando González Torres

<http://circulodepoesia.com/nueva/2011/02/galeria-de-ensayo-mexicano-manuel-ponce-el-misterio-risueno-ensayo-de-armando-gonzalez-torres/>



La biografía excéntrica

Existe un divorcio entre el canon de la poesía mexicana contemporánea, gobernado por categorías como la originalidad y la ruptura deliberadas, y ciertas formas poéticas tradicionales, populares o religiosas, que no alcanzan a ser asimiladas e integradas por “no estar al día”. La exclusión de Manuel Ponce de la mayoría de antologías y recuentos críticos de su época refleja esta limitación de la crítica de poesía, frecuentemente circunscrita a los estrechos contornos de la moda, la corrección política y el mundillo literario. Poeta católico, conservador y experimental a la vez, Manuel Ponce (19 de febrero de 1913-5 de febrero de 1994) nació en Tanhuato, un pequeño pueblo de Michoacán, ingresó al Seminario de Morelia casi niño y se ordenó sacerdote muy joven. Permaneció en el Seminario por más de 20 años dando clases, dirigió la revista *Trento*, estableció diversas asociaciones culturales y de asistencia, escribió algunas monografías regionales y estudios sobre arte y literatura, fundó la Comisión Nacional de Arte Sacro, fue miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, llegó a ser nombrado capellán del Papa y participó a cuentagotas en la vida literaria mundana colaborando en unas pocas revistas. Los testimonios de quienes lo conocieron retratan un carácter cordial y bondadoso, una vocación devota y, en general, una vida sencilla y ascética que contrasta con el arquetipo pasional e intenso del escritor moderno. Entre 1940 y 1968, en ediciones breves y limitadas, publicó el grueso de su obra *Ciclo de vírgenes*, *Cuadragenario* y *Segunda Pasión*, *Misterios para cantar bajo los álamos*, *El jardín increíble*, *Cristo*, *María* y *Elegías* y *Teofanías*, todos ellos cuadernos de hondo fervor religioso donde recrea las formas y la métrica clásica pero también experimenta con nuevos ritmos e imágenes. Inmerso en la vida eclesiástica, Ponce permaneció siempre como un poeta marginal, aunque comenzó a ser más extensamente difundido a partir de los años 80 con la antología de su obra preparada por Gabriel Zaid, con la ulterior antología elaborada por Javier Sicilia y Jorge González de León, con algunos homenajes en revistas y suplementos y con la publicación de dos libros, de escasa circulación, sobre su obra debidos a Tarsicio Herrera Zapién y María Teresa Perdomo. Nada de este modesto éxito transformó su jovial penumbra, pero sí lo convirtió en uno de los olvidos literarios más gozosos de reparar para los lectores.

Las dos vocaciones

Manuel Ponce cohesionó dos vocaciones que, pese a su aparente cercanía, entrañan no pocos conflictos, la de sacerdote y la de poeta católico. Si como sacerdote Ponce debía obedecer el dogma católico, como poeta debía recrearlo y, con ello, celebrarlo pero también exponerlo a la mala interpretación y al equívoco. Muchos sacerdotes que hacen poemas eligen la rigidez de la forma y el fondo para preservar la univocidad del significado que pretenden transmitir, pero en Ponce la devoción religiosa y la vocación poética encuentran en la libertad formal la mejor manera de coincidir. La obra de Ponce no es la expresión mojigata del guardián de la fe, sino el despliegue de audacia del poeta que recorre todas las gamas de la experiencia, que experimenta con la sonoridad y el sentido y que no desdeña el humor como instrumento de recreación del misterio, pues acaso asume que Dios no sólo se revela en los misterios graves, sino en los misterios risueños. Ponce parte, pues, de la doctrina, las imágenes y la imaginería católica, pero rebasa ampliamente sus referentes y más que una poesía doctrinaria, produce una poesía a secas o, mejor, una magnífica poesía que propicia la errancia del significado, el vuelo de la imaginación y el placer de los sentidos. La poesía de Ponce es un diálogo, amplio y documentado, con la poesía culta de Occidente y, al mismo tiempo, con la mejor tradición religiosa y poética popular. La poesía de Manuel Ponce despliega una rica carga teológica, sin embargo, su belleza, musicalidad y originalidad le brindan un carácter entrañable y hospitalario, capaz de seducir a diferentes tipos de lectores desde los más simples hasta los más refinados. Porque su poesía es recreación intelectual de los misterios, pero también despliegue de fe, exaltación divina y mariana, juego, festejo, canto: ("Pastorcillos de Belén: ¡Todo mundo a la posada con los ases del jazz-band!").

La modernidad controvertida

La poesía de Ponce, como una expresión de su fe, se orienta a buscar la revelación, en experiencias que van del goce sencillo de las cosas simples al horror sublime de lo innombrable. Con todo, Ponce entiende que la revelación no sólo precisa una *voluntad religiosa*, sino también una *voluntad artística*, un trabajo racional y laborioso de elaboración poética, de orquestación musical y de medida intelectual. Y en este despliegue de voluntad artística es donde quizá radica la controvertida modernidad de Ponce, pues la poesía de este autor, como lo ha argumentado Zaid, es moderna, pero no pertenece a esa modernidad pirotécnica y parricida, tal vez demasiado consciente de sí misma, sino a esa modernidad espontánea que nace de la asimilación y la relectura extensiva del pasado. En este sentido, la novedad de Ponce es una modulación de una tradición clásica que pasa por el mundo helénico y latino, por la Italia renacentista, por el siglo de Oro español y se prolonga en unas cuantas obras en la época moderna. De estas fuentes se nutre Ponce para construir una poesía rica en bagaje simbólico, estimulante intelectualmente y, sobre todo, ejemplar e innovadora en su

ejecución formal. Porque la originalidad de algunos de sus metros, la perfección y audacia de su ritmo, sus juegos de palabras, su utilización de las vocales, sus giros ya arcaicos, ya novedosos incrustados de manera inaudita en el poema, su festejo del lenguaje y su búsqueda incesante de un más allá verbal son rasgos que, pese a la brevedad y al carácter casi monotemático de su obra, hacen de Ponce uno de los poetas mexicanos más rigurosos y originales.

Lo sobrenatural de la poesía

La poesía de Ponce encanta a partir de su elaboración literaria y, como dice Jorge Von Ziegler en “A la muerte de un poeta”: “Encanto, ciertamente, es una palabra cuyos diversos sentidos son justos aquí: la poesía de Ponce nos *encanta*, suspende nuestra acción y nuestro juicio, nos embelesa en la contemplación de lo bello, nos cautiva con su resplandor y su música y nos sitúa, por la gracia de las palabras, en el orden, aunque nunca abandone la naturaleza, de lo sobrenatural”. Porque tal vez lo sobrenatural no es sino lo cotidiano, lo personal visto desde otra perspectiva, desde esa gracia (de origen artístico o divino) que otorga al hombre una familiaridad con lo esencial, la cual jamás podría alcanzar por medio de la razón. Si, como señala Maurice Blondel en sus *Exigencias filosóficas del cristianismo*, “Lo sobrenatural es, en efecto, aquello que como verdad, como vida, como fin, se halla infuso, es decir, dado por Dios sin que ninguna industria humana pueda detectar la presencia o procurar la acción de ese elemento, de ese fermento inaccesible pero puesto al mismo tiempo en lo más íntimo de nosotros mismos”, la poesía de Manuel Ponce hermana con lo sobrenatural, devuelve el misterio al mundo y al devolvérselo descubre *un sentido*, pues una elocuencia divina se expresa en los acontecimientos más insospechados. Pero para alcanzar el entendimiento de esa elocuencia hay que practicar primero el silencio, educar la mirada y el oído, despojarse de adornos y vanidades y realizar un ejercicio de despojamiento personal y poético. Sólo así la poesía podrá vislumbrar lo sobrenatural en el apartamiento de los mares o en la curación del desahuciado, pero también en la vida breve del insecto, en el sabor de la comida o en el ruido revelador de la lluvia: “...la lluvia está cayendo sobre los tejados/Madre: todos tus niños, los siete/ ya murieron grandes. Los volviste/a poner en su cuna/Tú también ya no estás. No importa/La lluvia está cayendo sobre los tejados/Voy a prender la luz. No hay luz o el foco/estará fundido. La única/ luz que no se funde/está por llegar. No importa./La lluvia está cayendo sobre los tejados/No es posible que el corazón de Dios se licue tanto./ No es posible que el corazón de Dios se licue tanto./ No es posible que el corazón de Dios se licue tanto./Y suene así de blando./La lluvia está cayendo sobre los tejados”.

Cuatro razones para leer hoy a Manuel Ponce

1. Porque es un poeta católico, de hecho un sacerdote, que, sin embargo, no se ciñe a ninguna ortodoxia y cultiva una poesía libre, audaz y novedosa, que experimenta con metros e imágenes, que utiliza el humor, que descubre texturas, colores y sabores en el lenguaje.

2. Porque su poesía es un panteísmo inteligente, una celebración constante de lo vivo que tiene un timbre jovial, que se solaza con el sol y la brisa, que sabe asombrarse con los pequeños prodigios cotidianos y que emana caridad y cordialidad con el mundo.

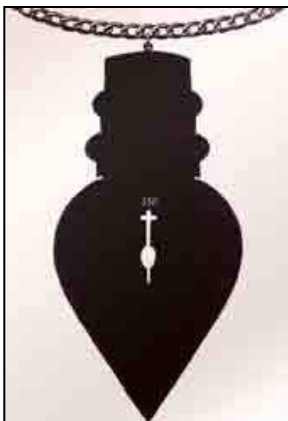
3. Porque su obra es un destilado de la tradición más exigente de la poesía religiosa culta, pero también una celebración de la devoción popular y sus entonaciones sencillas, y porque en sus versos conviven fecundamente los homenajes al canon y las improvisaciones, los arcaísmos y los neologismos.

4. Porque en su poesía hay mucho más de teofanía que de teología y, por ello, sin la impaciencia por la revelación, su verso ligero y festivo es capaz de percibir una presencia más allá de la palabra, un misterio radiante, una divinidad sencilla y amigable que se despliega en un juego infantil, en el paso de un animal, o en el brote esplendoroso de una flor: "Esa voz deslizada/ que pregonaba entre orillas/ una finalidad/ sonriente. ¿No eras Tú?"

Armando González Torres

A Javier Sicilia

Yo te consagro Dios, porque amas tanto:
Porque jamás sonríes: porque siempre
Debe dolerte mucho el corazón...
César Vallejo



I

Los permanentes asuntos de la poesía relacionados con el amor, el tiempo, la muerte, la existencia, que aparecen en la obra de los escritores más significativos de la literatura contemporánea nos revelan el sentido del arte y de la poesía como una concepción religiosa en virtud de la cercanía de la creación con lo trascendente y lo sagrado.

En una época signada por la modernidad, la fugacidad, el progreso globalizador y vacío, la secuela de estas crisis –al parecer cíclicas e interminables– hacen decir al poeta Jaime Sabines: "Uno es ese destino que penetra/ la piel de Dios a veces/ y se confunde en todo y se dispersa"; y Alí Chumacero en un tono amoroso declara: "Yo, pecador, a orillas de tus ojos/ miro nacer la tempestad."

La incertidumbre cotidiana, el terror al fracaso existencial, el dolor como señal y herida, la muerte ineludible y cercana, la irrupción devastadora del amor, la sensación de desnudez ante el mundo, son tal vez algunos de los síndromes evidentes de que la *filosofía de la crisis* permea nuestra realidad sobrecargada de apatía e indiferencia frente a los valores humanistas, así como una empatía creciente hacia la fugacidad insensible del mundo actual nos aproxima, inevitablemente –como lo señala Norberto Bobbio– "a la raíz de una crisis espiritual [...] por menoscabo de una autoridad, de algo colocado en el centro de toda manifestación del espíritu como principio constitutivo de las explicaciones teóricas y como criterio regulativo de valoraciones prácticas". La presencia de poetas católicos en México ya era notable en la etapa que va del fin del modernismo al fin de la vanguardia, como bien lo señala Gabriel Zaid al referirse a Ramón López Velarde, Carlos Pellicer y Manuel Ponce.

Bajo este contexto, en 1915, cuando la vanguardia católica estaba en su apogeo, Ezra Pound publicó una *Catholic Anthology* que reunía a tres importantes poetas: Yeats, Elliot y Williams, que dejarán una impronta definitiva en la poesía contemporánea.

Ante la influencia trascendente de la cultura católica en buena parte de la literatura occidental, y de la cual a la fecha no se ha escrito su propia historia, siguiendo a Gabriel Zaid él puntualiza: "El escritor señaladamente católico (Claudel, Chesterton, Papini), es un heterodoxo que se gana el derecho de admisión en el discurso dominante: un creyente de creencias que hemos dejado atrás, que insiste en hablar con nosotros y que lo hace tan bien que, aunque quisiéramos, no lo podemos ignorar. Tiene que dominar el discurso moderno, sin dejar de ser católico, ser bilingüe, bicultural, casi un antropólogo, capaz de situarse en ambos discursos, desde adentro y desde afuera."

II

A la obra escrita con este sentido religioso que va de Sor Juana a Carlos Sigüenza y Góngora, Javier Clavijero, Diego José Abad, pasando por Ignacio M. Altamirano, Manuel Gutiérrez Nájera, José Manuel Othón, Amado Nervo y Alfonso Reyes, para señalar sólo a algunos, se agrega la de dos sacerdotes michoacanos que no sólo se destacan en este importante grupo de poetas, sino que con sus libros continúan siendo un punto de referencia de *la mejor poesía católica moderna*: Manuel Ponce y Francisco Alday.

Manuel Ponce (Tehuacan, Michoacán, 1913-1984), considerado por la crítica como el más importante renovador de la poesía sacra mexicana del siglo xx, ingresa a los trece años al Seminario de Morelia, a los veintitrés se ordena sacerdote y hasta los cuarenta y ocho continúa como profesor de literatura.

"En esa larga etapa de treinta y cinco años (1926-1961), hace vida de estudio y oración, vida de libros y de amor *en fórmulas abstractas*, como lo dice en el irónico "Romance a lo Divino", según lo anota Zaid en su excelente prólogo a la *Antología Poética*, editada en 1980 por el Fondo de Cultura Económica.

Es particularmente interesante la manera en que Ponce –director y animador de la revista *Trento* (1943-1968)– asume la poesía religiosa: "Con el libro en la mano/ Te amo./ Con las hojas abiertas/ Te amo./ (...)Me sabes a pacíficas/ tormentas./ A palomas en fórmulas/ abstractas." ("Romance a lo Divino").

En la peculiar obra de este autor, asombra el resultado final que deviene del poema después de unir la revelación de las cosas del mundo a su particular sensibilidad moderna y original, así como la concisión pulcra y elegante que logra en sus imágenes; lector asiduo –como Francisco Alday– de los clásicos españoles, griegos y latinos, traductor de Dante, es capaz de *desnudar* la realidad, celebrar el amor divino a través de metáforas sorprendentes como en *Ciclo de Vírgenes*, escrita en 1940: "Las vírgenes arrastran una sombra,/ habitan una sombra. No podrían / arrastrar otra cosa./ Las vírgenes sin esclavinas/ llevan contornos de fluidos,/ galvanizada/ Triple sobre el ara viva,/ la contorsión es por dentro./ Acrisoladme./ Tersura de

llamas/ sobre lo terso./ [...] Por tu boca están los ríos/ reprochándome en secreto, / y se tienden ¡mirad cómo!/ en brindis a mi deseo." ("La Virgen ardiente").

En el poema "Teofanía III" del libro *Elegías y teofanías* (1968), se encuentra una extraña y misteriosa combinación de imágenes de subyugante belleza: "Ya rompí las cadenas/ de tanta servidumbre;/ pero de tan sedosas telarañas/ que a su prisión odiosa yo le otorgaba nombres lisonjeros. [...] Porque Tú eres mi páramo,/ mi cactus tenebroso/ y el viento que me arrasa."

Nacido en Querétaro (1908-Morelia, 1964), Francisco Alday ingresa al Seminario Tridentino de Morelia en 1928 después de cursar con brillantez Teología y Filosofía, es ordenado sacerdote en 1936 a los veintiocho años y en ese lugar escribe sus primeros cuarenta poemas según lo señala su biógrafo y antologador, el poeta sinaloense avecindado en Morelia Alejandro Avilés. Enseñó Derecho Canónico y Literatura y fue muy cercano al "Grupo de los Ocho", entre los que se contaban Rosario Castellanos, Dolores Castro, Efrén Hernández, y el propio maestro Avilés; siempre le interesó ser entendido más que admirado, según lo relata Avilés en *Francisco Alday. Obra poética*, publicada en 1993 por la editorial Jus.

Convencido fiel de la renovación de la Iglesia después del Concilio Vaticano II, fue además lector entusiasta de los poetas místicos San Juan de la Cruz, Santa Teresa y de autores como Gonzalo de Berceo, Arcipreste de Hita, Rubén Darío, admirador de la música de Bach, Beethoven, Vivaldi y, sobre todo, de Schubert; cultivó –como Ponce– formas poéticas como el soneto, la redondilla, la elegía, entre otras. Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte le publicaron sus primeros poemas en la revista *Ábside*.

La profundidad y hondura en sus imágenes lo hermanan a la obra de Ponce y son notables en los poemas: "...se oyó Su sangre, se tiñó el madero,/ se ahumó de soledad y lejanía,/ y nada más se supo del viajero." ("Se oyó su sangre").

"Miércoles de ceniza y una suerte/ de áspera y sortilega humareda/ que logro fatuo y compunción me advierte./ Miércoles de ceniza y arboleda/ de polvos donde soy, para la muerte, / uno de tantos en la polvareda." ("Miércoles de ceniza").

Dentro de la rica tradición de la poesía mexicana sobre la muerte, Francisco Alday en su libro *Poemas del viaje y del encuentro*, describe y prefigura el acecho permanente del fin de la existencia en algunos de sus poemas memorables:

"Digo a las venas azules del cuello,/ digo a las carnes tozudas y magras,/ digo al rebelde y escaso cabello,/ digo a las reumas de torpes bisagras:/ almacené, pero Dios sopló en ello." ("A las venas azules").

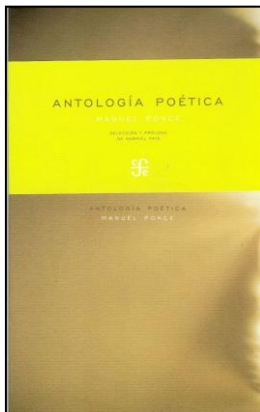
"Oye tu corazón, tu mar lejano,/ tu populoso mar, tu mar desierto,/ tu mar vivo y, en horas, tu mar muerto,/ tu mar grave, tu mar, de ti, liviano [...] quién rescata sus náufragos, qué voces/ hienden su airada inmensidad? Y en suma,/ oye tu corazón que no conoces." ("Oye tu mar lejano").

Como César Vallejo, declara su muerte prematura y luminosa en "Si no me transparente", que le deja al lector una sensación de estremecimiento: "Yo moriré, si no me transparente,/ de una muerte ridícula y oscura;/ daré con alma y cuerpo en la tortura/ sin brisa, sin reloj, sin linimento."

Estos notables e imprescindibles poetas que tocaron temas, corrientes vitales, espirituales y obsesiones comunes, merecen desde luego, un acercamiento crítico más exhaustivo y una lectura más amplia que permita descubrir sus mejores virtudes.

Nexos, noviembre de 2008

www.nexos.com.mx/?P=leerarticulo&Article=661363



Manuel Ponce, *Antología poética*. Selec. y pról. de Gabriel Zaid. 2ª ed., México, FCE, México, 2007.

Si una de las funciones ideales de la crítica es enseñarnos qué leer y cómo, la reedición de una obra literaria se erige, entonces, como un acto crítico, ya que plantea que la obra reeditada puede presentárenos como un modelo a seguir o proveer aquello que en la literatura contemporánea no se encuentra. A su vez, la reedición de un libro plantea la actualización de los juicios que sobre él se hayan elaborado.

Ambas posibilidades nos ofrece la coyuntura de esta nueva edición de la *Antología poética*, del poeta y sacerdote Manuel Ponce (1913-1994), preparada por Gabriel Zaid y originalmente publicada en 1980. Esta selección nos da la oportunidad de leer una poesía de temática religiosa —al lado de alguna reelaboración de los mitos griegos—, construida a partir de combinaciones métricas y estróficas de la versificación clásica que el grueso de los poetas contemporáneos no visita de manera frecuente. Asimismo, en la poesía de Manuel Ponce asistimos a una búsqueda experimental dentro de estos mismos patrones de conocida rigidez.

Ponce busca enriquecer la uniformidad melódica del poema de versos clásicos mediante combinaciones acentuales (el uso del endecasílabo dactílico, los versos en terminación aguda, etcétera) y, en algunas ocasiones, con la no uniformidad métrica, pero sí de rima, en estrofas como el soneto y la octava real; sin embargo, a causa de esta búsqueda, no es raro que el autor no logre proveer una delicada cadencia a su verso, tornándolo ríspido.

No es el caso de la “Fábula de Eurídice y Orfeo”, en la que encuentro una musicalidad más sostenida, por clásica. El poema está elaborado con el modelo estrófico de la octava real, pero también se encuentran aquí endecasílabos y heptasílabos, lo que da pie a una musicalidad que recuerda a la lira, por ejemplo: “Oye, pastor de ovejas espumosas, / que apacientas el cándido rebaño / sobre el movable paño / de prados y colinas ondulosas, / donde una vez las rosas / de Venus fueron cráteres de estaño / de cuya dulce lava / bebió el mar y la tierra se hizo esclava”.

Con esta actualización del mito órfico se aleja Ponce un poco de su temática religiosa; sin embargo, este ejercicio no tiene el mismo vigor que las reelaboraciones hechas a partir del mito de Narciso por los

poetas de Contemporáneos (Gorostiza, Cuesta y Ortiz de Montellano, esencialmente), poesía que fue apenas anterior a la de Ponce.

Entre las figuras más identificables en la obra del religioso michoacano, encontramos la aliteración y algún uso de la asonancia, figuras muy utilizadas por escritores de vanguardia, pero que Ponce toma de primera mano de San Juan de la Cruz: "...queda la sola soledad serena", "El mar aquel ¡qué cónclave de espumas!". Reflexiona Zaid sobre este último verso: "Y en este caso no es una aliteración bonita por sí misma, separable como el 'no sé qué que quedan balbuciendo' de San Juan de la Cruz o el 'a qué quejarse de qué' de Pedro Garfias. Es una aliteración que opera dentro de un conjunto de efectos más amplio: la pausa sintáctica introducida por la admiración, el aumento de intensidad, la concentración de oclusivas (q, q, c, c, d, p), la dificultad de pronunciar la aliteración, se suman para el efecto de una lentitud admirativa que aumenta de tensión y que estalla, como una ola". Al final, incluso después de esta emocionada y sugestiva interpretación, lo que persiste es la sensación de dificultad y lo áspero de su melodía.

En *Ciclo de vírgenes* (1940) Ponce muestra el alma en estado de inocencia e inviolabilidad, pero tomando sustancia, un poco tenue todavía, pues sus vírgenes vaporosas serán convertidas en muchachas de carne y hueso, corrompibles y de rasgos eminentemente lúbricos: "Las vírgenes sin esclavinas / Llevan contornos de fluidos / galvanizada sombra", "¡Miradla! / La miraban. Un solo guiño / de los oscuros lobos / le despojó el vestido". En este y otros ejemplos del trabajo poético de Ponce la elaboración del tema místico no deja de aparecer con sus siempre contradictorias tonalidades de sensualidad. Pero estos poemas apenas lograrán elevarse un poco por encima de las expectativas del lector, para después revelarse como un intento tímido, si se le opone la fuerza expresiva de la "Virgen suicida" de un Alí Chumacero en plenas facultades: "Ni sombra hacía sobre el mal su cuerpo/ acaso porque, yerta en esplendor / de súbito desastre, del sonido / pasaba a la evidencia de la espuma". Ciertamente que el poema de Chumacero es posterior, lo que puede significar que la pauta sugerida por la poesía de Ponce habría dado lugar a un camino más fecundo.

Afirma Gabriel Zaid que *En misterios para cantar bajo los álamos* (1947), Ponce halla "una poderosa combinación de eficacia artística y autenticidad religiosa". En este libro se presentan los "Misterios" como breves poemas, seguidos por sus posteriores variaciones. Particularmente prefiero las primeras, candidas y musicales quintillas. Considero que las variantes sucesivas y su construcción orientalizada implican un arduo ejercicio de síntesis, que no logra, con todo, expresar de manera efectiva el complejo tema de la divinidad y sus misterios más elevados o terribles. Sin embargo, hay momentos felices en dicha investigación: "No está lejano el día / en que me siembren surcos de claveles". Hay también en estas variaciones una incorporación de vocablos que quieren denotar modernidad, como telegrama, aviones, jazz-band, etcétera, que en una lectura actual lucen avejentadas.

La poesía de Manuel Ponce anda tras las afinidades de Dios y mientras lo hace eleva una construcción a veces sólida, que quiere plasmar lo fugaz del contacto místico, contacto que será producto de la reflexión e introspección intelectual a través de la que se realiza un diálogo con Dios y que se contrapone a la irreflexibilidad del arrobamiento místico; en este sentido, la poesía de Ponce resulta mucho más calculada y desapasionada.

Al final parecería que la obra poética de Manuel Ponce logra ubicarse dentro de nuestra tradición más por su filiación católica que por su calidad poética, aunque es indiscutible que su poesía sobresale de la escrita por otros sacerdotes de su tiempo. Pero si nos aventuráramos a un análisis comparativo, prerrogativa no injusta del crítico, podríamos descubrir, sin mucho esfuerzo, que la gran poesía de temática religiosa del siglo XX mexicano está en los versos de poetas laicos como López Velarde y Pellicer.

